

Menéndez Pelayo y la Universidad

Florentino Pérez Embid (†)

Conferencia pronunciada en Madrid en 1965, en el ciclo que el Club «Urbis» consagró a Escritores del 98 y su época

La energía y la fuerza creadora de sus posiciones intelectuales, así como la vitalidad actual de su estilo y de sus escritos son, en efecto, uno de los rasgos más indiscutibles, de quien supo dejar a su pueblo un legado esencialmente ,dinámico: la definición científica de la conciencia nacional. Nadie ha dicho esto mejor que el propio Azorín: «Menéndez Pelayo no es un autor muerto; su prosa y su obra están vivas, y su estilo, admirable, es como un venero donde hay que ir constantemente en busca de riqueza... Si existe modernamente en España una prosa viva, enérgica y espontánea, es la de Menéndez Pelayo.»¹.

UN MAESTRO UNIVERSITARIO EN EL MADRID GALDOSIANO

Por eso resulta más verdadero evocarle en las imágenes de la mocedad. En ellas señala un hito el grabado que le hizo Bartolomé Maura y reprodujo «La Ilustración Española y Americana»; aparece en él de veintidós años, con bigote y barba fina, pelo cortado y corbata de lazo grande. Es el momento en que Menéndez Pelayo acaba de ganar la cátedra de la Universidad de Madrid en aquellas famosísimas oposiciones, que comenzó siendo un muchacho de aspecto nada llamativo, vestido con un aliño no más que modesto, y que al empezar a hablar pronunciaba dificultosamente, por la timidez natural de quien hasta aquel momento no había hecho más que leer. En ellas se sobrepuso de modo espectacular a don Saturnino Milego, catedrático ya del Instituto toledano; a don Antonio Sánchez Moguel, el candidato al que apoyaba el Ateneo; y a don José Canalejas,

¹ AZORÍN: *En torno a Menéndez Pelayo*, «La Prensa», Buenos Aires, reproducido en «Boletín», Santander, abril-junio 1924, pág. 151.

protegido por la política y por los ambientes universitarios izquierdistas, que luego sería presidente del Consejo de Ministros, y que al fin vino a morir sobre la acera de la Puerta del Sol, asesinado por la espalda por la pistola de un anarquista. No fueron, pues, sus oponentes figuras de segundo orden. Que les aventajara con limpieza aquel muchacho montañés desconocido abrió a éste las puertas de la notoriedad intelectual madrileña.

Pocos años más tarde, su aspecto físico era el que ha perpetuado el magnífico óleo que le hizo Luis Madrazo, pieza capital de su iconografía, y que hoy preside el salón de actos de su Biblioteca de Santander. En él está Menéndez Pelayo lleno de juventud, moreno, con pelo negro y aire de hombre en plena vitalidad, por encima de la cual los ojos un poco lejanos parecen anunciar que su alma se orientaba ya hacia la distancia interior. Es, sin duda, la imagen que mejor reúne las dos características de su personalidad: de la profundidad y el brío.

Este aspecto, el del tercer decenio de su vida, es el que tenía durante la época de sus grandes éxitos. Poco después de cumplir los veinticuatro años, en marzo de 1881, ingresa en la Real Academia Española. Unos meses más tarde pronuncia el Brindis del Retiro. Hasta 1884 en que aparece mezclado en la política activa, son unos pocos años en los cuales interviene con frecuencia en reuniones de sociedad, que luego irá abandonando poco a poco, si bien sin corte ninguno brusco: «frecuentaba los bailes de la Condesa de Villalobos, madre del actual Marqués de Cerralbo; asistía a las tertulias de Fernández Guerra, del Marqués de Valmar y del Marqués de Heredia; comía y almorzaba en diversas casas (entre ellas, en la de don Juan Facundo Riaño, en el palacio de la Duquesa de Alba y en casa de la Marquesa de Viluma)», dice Bonilla². Son años de vida agitada en reuniones, comidas y salones.

Tal faceta de su personalidad tiene el mayor interés. Se ha insistido con exceso en su valor como «testamentario de nuestra antigua cultura» y en su retirada a «vivir entre libros». Eso no puede de ninguna manera sugerir que Menéndez Pelayo fuera un misántropo, ni un hombre insensible ante los modos normales, durante la juventud, de la vida de relación. Había sido sin duda don Juan Valera quien le introdujo en tales andanzas. «Don Juan era treinta años más viejo, y pasaba de los cincuenta cuando trabó conocimiento con aquel jovencuelo de poco más de veinte. Don Juan había vivido intensamente, había viajado por Europa y América, fre-

² BONILLA y SAN MARTÍN, Adolfo: Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), Madrid, 1915, introducción al tomo IV de los Orígenes de la Novela, vol. 21 de la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles», pág. 52.

cuentado el trato de la aristocracia internacional. Hombre galante y afortunado en las lides del amor, y con la aureola de un amor imposible ... era don Juan en la madurez de su vida, el cortesano ejemplar de la España del siglo XIX³. Las cartas de ambos, sobre todo entre 1879 y 1884, contienen frecuentísimas referencias a comunes amistades femeninas, aludidas siempre en tonos insinuantes. Hipatía, Lydia, Ródopis, Rebeca, Corina, son los nombres literarios de las mujeres a las que Menéndez Pelayo escribe versos al modo de la época, o cuya amistad cultiva.

Su Madrid fué siempre por antonomasia el Madrid galdosiano. De estudiante había vivido en la casa núm. 2 de la calle de San Miguel, y luego en la Fonda de las Cuatro Naciones; a partir de 1894 viviría ya siempre en la calle del León, en el edificio de la Academia de la Historia. El escenario habitual de sus comidas es Fomos, los Italianos —un poco más arriba de Lhardy— o Turnier. Leyendo, pasaba solitario por las mesas del Café del León o la Cervecería Inglesa. A pie y lentamente, paseando sin dejar de leer, hacía sin prisas el camino de la Universidad a su casa, por la calle Ancha de San Bernardo, a través de la modesta circulación callejera de aquellos años de daguerrotipo.

LA PARTICIPACIÓN EN LA VIDA PÚBLICA

Este intelectual bien acogido en los salones aristocráticos del «fin de siglo», vive de cerca —como no podía dejar de ocurrir en un universitario consciente y joven—, los afanes político-intelectuales del Madrid de la Restauración.

El hombre de la nueva situación fue Cánovas. De él era amigo Menéndez Pelayo desde que —adolescente el uno, político el otro que sabía esperar— habían coincidido en las bibliotecas, cuando aquél preparaba sus primeros trabajos y Cánovas empleaba en sus aficiones históricas el poco tiempo que faltaba aún hasta que terminara de derrumbarse el artificial edificio del régimen militar del Duque de la Torre.

La Restauración monárquica, en la persona no de un Rey buscado a capricho, sino en el hijo y heredero del anterior titular de la Corona, había abierto un período de paz. No fué una paz absoluta, porque poco después se iniciaría la

³ ARTIGAS, Miguel y SÁINZ RODRÍGUEZ, Pedro: *Introducción al Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1877-1905*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, pág. 7.

larga serie de los atentados anarquistas, a los que más tarde sucederían las violencias del socialismo, y luego los crímenes tecnificados de los comunistas. Aquella, paz, ciertamente, no estuvo establecida sobre fundamentos incommovibles, ya que la democracia parlamentaria se sostenía en pie gracias al caciquismo, y la verdadera continuidad política la dió el Ejército, los militares profesionales, que habían vencido en las guerras civil,es del XIX y luego se mantuvieron entrenados en Marruecos. Es lo que Maeztu hubo de llamar⁴. «la Monarquía militar».

De todos modos, el respiro pacífico del último tercio del siglo XIX fué la ocasión para que los españoles reflexionaran, y para que las cuestiones hasta entonces dilucidadas con las armas en la mano se aclararan y remansaran, a la luz de un planteamiento doctrinal. Entre esas cuestiones apareció como básico el gran problema del sentido de la convivencia, las razones de ser de la existencia colectiva de este grupo humano concreto, En otras palabras —más propias quizás de la época—, el gran tema de la conciencia nacional.

Ese es el momento en que aparece Menéndez Pelayo. El papel que en la Restauración política asume Cánovas del Castillo es paralelo —como ha señalado acertadamente Calvo Serer⁵— al que ocupa Menéndez Pelayo en la Restauración cultural del país, una vez pasada la confusión revolucionaria.

Por impulso del propio cansancio de las facciones —inteligentemente encauzado por el estadista—, el panorama político se había organizado a base de una distribución fundamental en dos grandes bloques: el partido conservador, que capitaneó Cánovas del Castillo, y el liberal, cuyo jefe fué Sagasta. Son los dos grandes «partidos históricos» de fines del siglo XIX, cuya proliferación a partir de comienzos del XX determinó luego la descomposición del sistema canovista.

Fuera del juego de la Monarquía alfonsina quedaron siempre los carlistas, separados de ella en primer lugar por su fidelidad a las concepciones tradicionales, y en segundo lugar por su adhesión a la rama dinástica proscrita. Dentro del campo tradicional o carlista surgiría después, en 1888, la escisión integrista, con la que Nocedal mantuvo íntegra, y aun extremosamente, la ideología, llegando hasta, rupturas y rivalidades personales con Carlos VII.

⁴ MAEZTU, Ramiro de: *Liquidación de la Monarquía parlamentaria*, Madrid, Editora Nacional, 1957, páginas 190 y ss.

⁵ CALVO SERER, Rafael: *Teoría de la Restauración*, 2.ª ed., Madrid, Rialp, 1952.

Su, primera intervención de resonancia política la tuvo Menéndez Pelayo en mayo de 1881, con el Brindis del Retiro⁶. Pertenecía entonces al grupo «Unión Católica», recién fundado por don Alejandro Pidal y Mon y su hermano el Marqués de Canga Argüelles, grupo que estaba en la derecha conservadora, si bien dentro de la aceptación de la política de la Restauración, y resueltamente partidario de la rama dinástica alfonsina. Tenía por tanto más a la derecha —si hemos de usar, para entendernos, imágenes siempre inexactas— a los carlistas. Se sabe que, en años anteriores, durante la polémica sobre la ciencia española, Menéndez Pelayo había encontrado en ellos animosidad y dicerios, y que «El Siglo Futuro», órgano integrista, había reprochado con aspereza a don Marcelino, por considerarlos débiles, algunos matices de su comportamiento frente a los profesores de izquierda.

Es ésta una dura prueba a la que, desde entonces, estamos sometidos implacablemente los españoles de posición ecuánime. Somos adversarios por amplitud ,de criterio y aun por estética de las burdas tosquedades de la derecha reaccionaria, pero estamos a la vez alejados por instinto de responsabilidad del complejo de inferioridad ante las amenazas de la izquierda, y aspiramos a centrar una convivencia civil en donde la libertad está institucionalizada, así como asegurado el progreso y la necesaria transformación de las estructuras socio-económicas. Para ello es preciso sin duda la acción de un Estado fuerte, con autoridad legítima, que impida las violencias revolucionarias sin recurrir a la coacción ni a la supresión ,de esas libertades políticas, que son imprescindibles para que en un país del siglo XX haya paz verdadera,

En el caso de Menéndez Pelayo, los consejos de Valera, su amigo íntimo y mentor en la vida social, coincidían en el otoño de 1882 con la presión amistosa de Pidal y su grupo en empujarle para que se afincase en una zona de calma en la acción política. No era otra cosa lo que reclamaba su intimidad profunda. Por lo demás, esa zona de calma cada día se perfilaba más como coincidente con el partido canovista, mientras los extremismos ideológicos procedentes del progresismo se aglutinaban en el otro partido, el de Sagasta.

En la primavera de 1884 fué elegido por primera vez ,diputado Menéndez Pelayo, representando como conservador a Palma de Mallorca. A principios de año había caído el gobierno liberal de Posada Herrera, y se constituyó el gabi-

⁶ Cfr. texto y comentarios en MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Textos sobre España*, selección, estudio preliminar y notas de FLORENTINO PÉREZ-EMBED, 2.ª ed., Madrid, Rialp, 1962, texto II.

te conservador, presidido por Cánovas, ,en el que fué ministro de Fomento don Alejandro Pidal. Pues bien, en aquellos mismos días juzga Menéndez Pelayo con la mayor independencia de criterio al propio Cánovas, y mantiene frente a él sus propias opiniones, actitud que prueba una vez más su temple, en los momentos mismos en que la prepotencia política del estadista malagueño le atraía las aduaciones de los deseosos de medrar a cualquier precio.

Diputado por Palma de Mallorca lo fué Menéndez Pelayo en dos legislaturas, que van desde 20 mayo 1884 a 8 marzo 1886. Tres acontecimientos legislativos son los que en este tiempo ocurren con su intervención personal destacada: los proyectos de reforma de la Ley de Instrucción Pública; su primer discurso parlamentario, contra Castelar, durante el largísimo debate sobre los sucesos escolares del día de Santa Isabel de 1885, en Madrid; y la adquisición por el Estado de la biblioteca de Osuna.

A finales de 1885 muere Alfonso XII en el Palacio de El Pardo. Aquella muerte —como ocurre siempre en casos equivalentes— abre un paréntesis difícil, sumamente quebradizo, que forzó un reajuste a fondo de las instituciones, aun no consolidadas. De aquellos meses es la carta a Morel-Fatio, el hispanista francés que le había pedido información sobre la situación política española. En ella está—merecería la pena leerla íntegra— el mejor resumen de los criterios políticos básicos de Menéndez Pelayo.

Porque él —intelectual mezclado por fuerza en la vida pública— sí tenía principios políticos básicos, No había aparecido aún el fenómeno contemporáneo de la tecnocracia, del dirigente neutral ante los contenidos doctrinales de la política, y que se mueve ante ella sólo según la estricta dialéctica del poder. Era ésta una faceta del Estado que los pueblos no habían tenido que padecer todavía, y por eso no habían comprobado aún —lo han experimentado después— su radical insuficiencia.

A partir de entonces, Menéndez Pelayo está convencido íntimamente de que la desorientación radical de los gobernantes y su incapacidad auguraban las peores perspectivas. Por eso abandona poco a poco toda atención hacia lo que ya no eran sino intrigas de los arribistas por una notoriedad fantasmal y pasajera. En 1891 volverá a ser diputado por Zaragoza. En 1893 será Senador por la Universidad de Oviedo, hasta 1895, y desde 1899 hasta su muerte lo será por la Academia. Desde 1898 —la coincidencia de fecha es bien significativa— se alejará incluso de su cátedra universitaria y se concentrará en sus trabajos históricos, que continúa, desde el puesto de director de la Biblioteca Nacional, al que añade dos años antes de su muerte el de director también de la Real Academia de la Historia.

IDEAS SOBRE LA UNIVERSIDAD

La orientación cristiana de la ciencia y sus contenidos humanísticos fueron desde entonces su dedicación exclusiva. Esto era tanto como concentrarse en el esfuerzo por marcar rumbos intelectuales a la vida universitaria. En la España de su tiempo no era aún concebible que la investigación científica pudiera organizarse como una profesión desconectada de las ideas vivas, de los saberes humanos a los que la Universidad y la ciencia están esencial e inseparablemente unidas.

Fué también la suya una época de muy especial agitación universitaria, Agitación que se gestó —como siempre— por la resistencia moral y la rebeldía de los profesores, y muy pronto cuajó en disturbios estudiantiles.

El núcleo de los catedráticos krausistas, valiosos y decididos, imponía su ley en las enseñanzas de Filosofía en torno, sobre todo, a la cátedra de Metafísica, que había sido sucesivamente de don Julián Sanz del Río y ,de don Nicolás Salmerón. Se forcejeaba entonces alrededor de la manera de entender la llamada «libertad de cátedra», que era el trasunto universitario de las libertades de conciencia, de expresión, de imprenta, Instaurado Alfonso XII en el trono de España, quiso el Gobierno —fiel al sentido católico del pueblo y a las obligaciones del Concordato vigente— asegurar la pureza dogmática de la docencia universitaria, a lo cual se debieron los famosos decretos del ministro marqués de Orovio; pero los catedráticos krausistas se rebelaron contra la autoridad del Gobierno, y unos expulsados de sus cátedras por no cumplir los requisitos de la ley, y otros separados voluntariamente como protesta contra ella⁷, sentaron las bases de la Institución Libre ,de Enseñanza, que en manos de Giner de los Ríos había de ser un poderoso instrumento para lograr una nueva orientación de nuestra Universidad.

El ejemplo de la rebelión, de los catedráticos, agravado por el momento de inseguridad política que entonces pasaba el país, iba a conducir a los famosos disturbios estudiantiles, del año 1885, llamados de «la Santa Isabel». Agigantadas sus incidencias por la Prensa y por las interpelaciones parlamentarias, dieron origen en el Congreso a un largo, debate, en el curso del cual don Emilio Castelar aludió a Menéndez Pelayo y provocó así la única intervención destacada que éste tuvo en su corta y tangencial vida de diputado.

⁷ CACHO Vru, Vicente: *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Rialp, 1962.

La doctrina contenida en aquel, discurso⁸, expresa en síntesis clara los principios cardinales a los que se ajustó su acción universitaria, su idea de lo que una Universidad ha de ser, e incluso su posición ante las grandes cuestiones que se agitaban en las luchas intelectuales de su tiempo.

Trató él, en efecto, de la libertad del pensamiento y, de la ciencia, de las relaciones entre ciencia y fe, de los derechos de la enseñanza católica y la libertad de enseñanza, del sectarismo que caracterizaba a la enseñanza laica europea, de los planes de estudios y los modos pedagógicos de la España del siglo XIX, y ,del desmantelamiento de la clásica Universidad española.

Tres son los puntos esenciales: la libertad orgánica e institucional de las Universidades, le derecho que a los gobiernos asiste de vigilar activamente la justa libertad de cátedra, y la obligación esencial que los altos centros, de enseñanza tienen de servir a la recta conciencia moral del pueblo.

En cuanto a lo primero, ya lo había dicho terminantemente en otra ocasión: «Nadie más amigo que yo de la independencia orgánica de las Universidades ... La Universidad católica, española y libre, es mi fórmula»⁹. El la quería aplicada no a una minoría separada de Universidades particulares, quedando las oficiales carentes ,de toda autodeterminación, pendientes para todo de la discrecionalidad ministerial. Menéndez Pelayo, defendió siempre la libertad institucional de las Universidades, tanto las antiguas que habían sido drásticamente estatificadas a principios del siglo XIX, como cualesquiera otras que en adelante pudieran crearse. El sabía que sin libertad pacífica no hay vida intelectual propiamente dicha, y que sin vida corporativa y responsable no hay Universidad.

El segundo extremo, dentro de la autonomía corporativa, es la justa libertad de cátedra: «Nosotros no queremos la absoluta dominación de la Iglesia en la enseñanza, como no sea para la continua vigilancia del dogma; ni mucho menos admitimos la inspección laica e incompetente..., para todo lo que no sea la parte política y la parte disciplinaria, allí donde no alcanzan las atribuciones de los rectores. Queremos, sí, la independencia en la parte científica, pero exigimos del catedrático oficial la sincera adhesión a las grandes instituciones fundamentales del país».

⁸ Cfr., en *Textos sobre España*, citado, texto XI.

⁹ MENÉNDEZ PELA YO: *Heterodoxos*, tomo VI de. la edición nacional de *Obras completas*, Madrid, C. S. I. C., pags. 276-277.

Para argumentar este principio —tan actual siempre— del derecho y la obligación del Gobierno a asegurarse la lealtad de los catedráticos a los principios fundamentales de la convivencia política, traza luego Menéndez Pelayo un panorama de cómo esto era también norma de todas las grandes Universidades de Europa: Oxford y Cambridge, en Inglaterra; los casos de Max Müller, de Fichte, de Schelling, de Hegel, de Schleiernmacher y otros varios, en Alemania; y, en cuanto a Francia, el caso de la hegemonía impuesta a favor de la escuela ecléctica de Víctor Cousin,

Queda un tercer aspecto. El servicio positivo de la Universidad a la formación de la conciencia recta de los universitarios, y concretamente de los estudiantes, Este fué el esencial propósito en todos sus afanes de rejuvenecimiento de la ciencia española y está explícito mil veces en el *Brindis*, en el *Epílogo*, en las *Ideas estéticas*, en los *Estudios de crítica literaria*, en los discursos, en los últimos textos de su vida. De ahí su valor clásico, su valor permanente.

Al servicio ,de la convivencia pacífica, que sólo puede basarse en la concordia esencial de los espíritus, Menéndez Pelayo entendía que la vida universitaria necesita estar vertebrada desde dentro, y no coaccionada por la transitoria amenaza de ningún partido en el poder. Esto delinea la grave responsabilidad del universitario, y su deber esencial de no prostituir su alta jerarquía de maestro, colocándola al servicio ni del servilismo oportunista ante el poderoso, ni de la agitación revolucionaria en las luchas banderizas por el poder político.

«La verdad os hará libres» es la tesis —de bien conocido origen— a la que se estorzó en servir el universitario Menéndez Pelayo. De ella esperaba una formación concorde que asentara con firmeza el porvenir.

No es cierto que la duda sistemática, la actitud problematizante, ni mucho menos las algarerías mentalmente contradictorias, sean lo propio del intelectual. Antes al contrario. Porque las interrogantes que el intelectual verdadero se plantea a modo, de estímulo y de instrumento para la noble y alta especulación, han de resolverse en un sistema de afirmaciones. No es la cultura, en efecto, una cadena de preguntas, sino, antes al contrario, un claro edificio de respuestas ante las grandes interrogaciones de la vida.

Y sólo así —este fué el criterio y la lección de Menéndez Pelayo— cumple el universitario su humilde servicio al bien común, siendo escudo de las sanas y normales creencias de todo el pueblo, acicate de su adelanto técnico y moral, y

fundamento creador de un futuro colectivo en el que puedan florecer en paz la ciencia, el progreso y la libertad.

SU POSICIÓN CONSTANTE: LA LUCHA POR LA CATOLICIDAD DE ESPAÑA

En realidad, la preocupación por la vigencia operativa de la fe católica —que en su tiempo tenía características —en buena parte diferentes al clima religioso de la España de hoy— fué el verdadero motor de su actitud en la vida española. Para defenderla había acudido en sus primeros años a la polémica escrita. Para defenderla acudió al reto de los otros brindis en el banquete del Retiro. Para defenderla se lanzó a la arena de la política activa, y estuvo con Pidal, cuando él se alejó de Cánovas por discrepancias ante la defensa de la unidad católica en las leyes, es fundamentales nuevas. Cuando ya se desengañó de la lucha política, a la concepción católica de España siguió defendiendo Menéndez Pelayo, con la palabra y con la pluma, mientras edificaba en su servicio la construcción científica sobre la cual ha de apoyarse después de él una recta conciencia española unitaria.

Por eso se comprende que, en las peripecias de la vida nacional, anhelase él también la unidad de conducta y la solidaridad de los católicos. En esto radica su falta de coincidencia con los carlistas, a quienes no niega nunca —sino todo lo contrario— los títulos de su gloria guerrera, ni la pureza de sus intenciones, ni la firmeza ante sus principios; lo que les reprocha es la intemperancia y extremidad que les hacía agriar las relaciones con los demás creyentes.

En 1889, cuando en el primer congreso Católico Nacional español pronunciaba su discurso que él tituló *La Iglesia y las escuelas teológicas en España*, después de trazar el enorgullecedor panorama de la antigua unidad espiritual española y sus consecuencias científicas, describe la adversa situación reciente y al pasar desliza un reproche emocionado¹⁰, cuyos ecos siguen teniendo una actualidad penosa: «¡ Y entretanto los católicos españoles, doloroso es decirlo pero estos son días de grandes verdades, distraídos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales, vemos avanzar con la mayor indiferencia la marea de las impiedades sabias y corromper cada día un alma joven, y no

¹⁰ En *Obras completas*, tomo XLIII: *Ensayos de crítica filosófica*, Madrid, C. S. I. c., págs. 285-298.

acudimos ni a la brecha cada día más abierta de la metafísica, ni a la de la exégesis bíblica, ni a la de las ciencias naturales, ni a la de las ciencias históricas, ni a ninguno de los campos donde siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas!»

Este fué su afán ,en el álgido momento juvenil —cuando explicaba en su círculo de la Unión Católica el *Brindis del Retiro*—; este fué su afán en los años fugaces de ilusión por la política activa; y este era su afán —ya tiñéndose de melancolía—, en 1893, cuando alejado del Congreso y miembro nominal del Senado había vuelto las espaldas a la actividad ,de los partidos y vivía su mundo de cátedra y de academias, que incluso hubo de concentrarse más tarde en torno a los libros de la Biblioteca Nacional.

Por eso, por la dimensión católica de todas sus concepciones, la conciencia nacional española cuya definición él formuló, es esencialmente universalista¹¹, y no queda encerrada en el estrecho molde de los nacionalismos decimonónicos. Es cierto lo que acertó a decir Pedro Sáinz Rodríguez¹² que los escritos de Menéndez Pelayo estaban llamados a ser —como en efecto han sido— para los españoles lo que fueron los «Discursos» de Fichte a la nación alemana. Complementariamente es asimismo cierto, y aun de una manera más profunda, lo que Eugenio d'Ors señaló¹³ con aquella su recamada elegancia de dicción: «Por esta su universalidad volvemos los ojos a Menéndez Pelayo cuantos sentimos la necesidad y la urgencia de la instauración de nuevo estilo en nuestra política... De la campaña que para las mentes más esclarecidas y los corazones más generosos este esfuerzo de hoy puede traer invitación, el nombre ,de Menéndez Pelayo es y será siempre el más adecuado símbolo. El tradicionalismo (el sentido tradicional habría que decir hoy), nadie lo ignora, constituyó el sentido fundamental de la obra, como de la vida, del autor de *La ciencia española*. Conviene, con todo, recoger y consignar cuál fué la matización especial de ese tradicionalismo; nunca superficial, nunca pintoresco, nunca casticista ni anacrónico; atento a los valores universales de España, no a sus singularidades de carácter; buscando heroicamente aquello que exalta en nosotros la unidad y la intervención en la tarea

¹¹ Cfr. CALVO SERER, Rafael: *La configuración del futuro*, 2.ª ed., Madrid, Rialp, 1963.

¹² Sus principales trabajos sobre M. P. pueden verse en los volúmenes *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, preparado por FLORENTINO PÉREZ-EMBED, Madrid, Editora Nacional, Libros de actualidad intelectual, 1956, y en SÁINZ RODRÍGUEZ, Pedro: *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*, Madrid, Rialp, Biblioteca del Pensamiento Actual, 1962.

¹³ D'ORS, Eugenio: *Estilos del pensar*, Madrid, Epesa, 1945, págs. 45-47.

ecuménica de la cultura, en la aristocracia de la europeidad; no lo que puede estigmatizarnos con una condena a la dispersión, a la excepción, a la extravagancia, a sumergirnos en la africanidad bienquista de los Keyserling o de los Unamuno».

EL HOMBRE MENÉNDEZ PELAYO

Resulta preciso leer ahora unas cálidas palabras¹⁴ de don Gregorio Marañón, aquel otro gran espíritu en cuya generosa anchura hay un ejemplo vivo de liberal nobleza: «No estoy de acuerdo con los que dicen que don Marcelino es su obra, y que las anécdotas de su vida apenas tienen significación ni valor. La obra de Menéndez Pelayo es, sin duda, un ingente monumento. Pero la vida de todo creador, es siempre tan ejemplar como la obra misma, y a veces mucho más.

Los biógrafos nos hablan de los largos años de meditación del maestro, en su estudio de Santander; en las habitaciones, perpetuamente estudiantiles, de los hoteles que habitara en Madrid; en sus aposentos, casi conventuales, de la Academia de la Historia. Pero en esas horas, largas, en efecto, interminables, ¿qué pasaba en su alma? Estudiaba, meditaba, escribía, sí. Pero ¿cuáles fueron sus pasiones y sus tentaciones, y sus luchas para vencerlas, y sus ambiciones frustradas; cuáles fueron las voluntarias amputaciones que hizo de muchas rosas fragantes del inmenso jardín de su corazón?

Todo era grande en él; y el eco de estas tempestades, que a todos nos con- turban, debió tener en su alma resonancias ciclópeas.

Yo busco siempre al hombre, aun en el grande hombre, que suele ser tan poco humano; le busco, porque creo que es siempre lo esencial. La obra, por excelsa que sea, está tocada de la humana imperfección. Pero el hombre que la crea nos subyuga aún mas porque tiene la huella, del dedo generador de la Divinidad. Y así Menéndez Pelayo fué mucho más interesante como hombre de lo que quieren que sea los que a fuerza de fervor científico han deshumanizado su obra, como si hubiera brotado por un milagro de su frente, a la que, sin embargo, caldeaba desde lejos un corazón como los demás».

¹⁴ MARAÑÓN, Gregorio: *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, Madrid, Colección Austral, Espasa-Calpe, 8.ª ed., páginas 106-108.

Tras estas observaciones admirables, hemos de preguntarnos, ¿cómo fué en síntesis¹⁵ a lo largo de su vida el hombre Menéndez Pelayo?

En suma, esto: un niño montañés, nacido en un ambiente tradicional cristiano, y que forjó su madurez de hombre estudiando sin descanso y con pasión las humanidades clásicas. Dirigido desde muy pronto hacia el gusto y la comprensión por ellas, marcha, niño aún —como es sabido— a Barcelona, lejos de la cordial limitación del ámbito familiar, y se hace hombre un poco allí y luego en el Madrid de fin de siglo. Estudió muchísimo, toda su vida; en sus reacciones psicológicas, en la argumentación de sus escritos, en el hálito poderoso y maduro de su comportamiento, se le nota que su personalidad disponía de un caudal enorme de riquezas ,del espíritu. Se le nota que había estudiado mucho. Fué catedrático veinte años. Comprobó hasta el fondo lo mismo que en España comprueban casi todos los que participan en la vida colectiva con nobleza y sin ánimo de granjería: que lograr muy poco exige esfuerzos tremendos, y este esfuerzo —empleado en luchar contra la corriente del cerrilismo general— acaba por ,cansar a los temperamentos más tenaces, Menéndez Pelayo se mantuvo siempre un tanto por encima de lo que él mismo llamó «este hórrido tumulto»; amigo de los libros y de los clásicos, en ellos volcó horas y horas y más horas de lectura, una lectura impresionante por su amplitud y por el mundo, de ideas y de datos que su memoria sacó de ella. Escribió «más que el Tostado», Pero se interesó también por la acción inmediata, por la eficacia de su mundo de ideas, y encontró tiempo que dedicar a la polémica intelectual, a la política y a la vida cultural de relación.

Se delinea así el armonioso edificio de una vida de hombre completo, No solo un sabio. No hay sabios puros en la existencia real de los pueblos. No hay tampoco quienes sean sólo políticos, o sólo activistas, o sólo tecnócratas. Todos somos —con más o menos equilibrada armonía— hombres.

Mar Océana se honra de traer a los años de hoy el recuerdo de Pérez Embid en su testimonio del año 1963 sobre Menénde Pelayo universitario.

¹⁵ PÉREZ-EM BID, Florentino: *Marcelino Menéndez Pelayo, el definidor de la conciencia nacional española*, en el tomo III de *Forjadores del mundo contemporáneo*, Barcelona, Planeta, 2.ª ed., 1962.

